

simo don Iñigo y su hermanastra doña Aldonza, fallando el rey Juan II a favor de don Iñigo. Desde entonces, la humilde villa de Manzanares se vió convertida, por varios lustros, en una pequeña Corte, ya que el poderío de sus señores fué tal, que alguno de ellos —el Gran Cardenal— llegó a ser conocido por sus contemporáneos con el remoque de «tercer Rey», que le puso Pedro Mártir.

En las afueras de la villa, junto a la actual carretera de Villalba y lugar destinado a cementerio, se levantaba un desnudo cerro, y, sobre frontero collado, una pequeña ermita o iglesia románica del siglo XII, Santa María de la Nava. El cerro se aprovechó probablemente por don Pedro González de Mendoza, el de Aljubarrota, para ba-

samento de fuerte castillo, el primitivo o viejo de Manzanares, cuyos restos aún se ven y conocen, por el significativo instinto popular, con el nombre de «plaza de Armas». Y la iglesia y collado, para edificar el actual castillo, ya de gusto palaciego, obra y arte del primer Duque del Infantado.

Ya dentro de la villa, se construyó más tarde la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Nava, de igual nombre que la iglesia-capilla del castillo, grandota y señorial, que recibió numerosas mandas de los Mendoza. Del interior han desaparecido los antiguos retablos y objetos de valor. Sólo permanece lo pétreo: unas gruesas columnas, la viejísima pila bautismal y las tumbas en el suelo y a los lados del

altar, éstas con escudos casi borrados de los Mendoza.

Algunas casas fuertes, otras miserables y muchas huertas y jardines, generalmente tras altas tapias, completaban el aspecto de la villa de Manzanares y sus alrededores.

Manzanares era todavía bello, rico y admirado en el siglo XVII, en que el P. Pecha lo describe así: «Cabeza del condado del Real... es un lugar, aunque pequeño, de mucha recreación, muy sano, aunque frío en invierno... Quiso el Marqués (se refiere a don Diego, luego Duque del Infantado) hacer sus habitaciones en él, y para eso labró casa para vivienda; y como en aquellos tiempos había temores de guerra en todas partes, quiso, para defensa de su persona, hacer casa fuerte. Labró allí una fortaleza, toda de piedra y sillería y mampostería, con cuatro torres a las cuatro esquinas y torre del homenaje, con cuatro cuartos (crujías) alrededor; columnas admirablemente labradas, los techos dorados, el patio muy proporcionado a la capacidad del edifi-



MANZANARES Y SUS DOS CASTILLOS

# de madrid

cio. No hizo jardines porque toda la villa estaba cercada de jardines y huertas.»

\* \* \*

Vista la villa, pasemos a la familia y castillos. Oriundos de tierras alavesas, con ascendencia en las asturias de Santi-Illana, echaron los Mendoza profundas raíces en nuestra provincia, obteniendo en ella títulos y honores y produciendo nuevas ramas y personajes famosos. Los cuatro Mendoza más destacados, unidos para siempre a las piedras de uno u otro castillo de Manzanares, fueron don Iñigo, sus hijos don Diego y don Pedro, y su nieto.

Don Iñigo López de Mendoza (1398-1458), gran señor prerrenacentista, primer Marqués de Santillana, héroe en Olmedo y descubridor poético de nuestra Sierra, fué también un buen constructor. Ello le venía de casta, pues su padre, el Almirante, era ya tenido por su contemporáneo el señor De Batres, no sólo como un hombre de «sotil ingenio», sino «aficionado a hacer edificios, haciendo muy buenas casas». Quizás fué él, y no don Pedro, quien inició las obras del viejo castillo de Manzanares.

Nacido don Iñigo en la juglaresca villa palentina de Carrión de los Condes, afinó, ya maduro, en el valle del Manzanares. Tomó posesión del Real un 6 de julio de 1435, vinculándose desde entonces como mayorazgo en la Casa de Mendoza. Diez años más tarde recibió el título de Marqués de Santillana, que vino a unir al de Conde del Real de Manzanares, inaugurando la importación, exótica en España, de títulos marquesales, como luego su hijo la de ducales.

Según Lampérez, don Iñigo, y en este entretiem po, fué quien inició las obras del castillo en el collado dominado por la románica iglesia de Santa María de la Nava.

Pero es que en Manzanares, como indicamos, existió frente al actual sobreviviente castillo, otro más viejo y sencillo, aunque de planta casi exacta (1). Con esta distinción entre las dos fortalezas, vieja y nueva, queda explicada la oscuridad histórica que ha rodeado la construcción del castillo de Manzanares que hoy admiramos, oscuridad que su restaurador Lampérez, intentando aclarar, hizo aún más lóbrega, pues con su indiscutible autoridad creó, por exceso de cariño, el error, seguido luego por muchos, de que fué su fundador el primer Marqués de Santillana, cuando en realidad este interesante y polifacético personaje no conoció más castillo que el viejo, cuyas pocas y muertas ruinas hoy sólo atraen la atención de los pocos vivos que van al pobre cementerio pueblerino, lugar irónicamente adecuado para su sueño eterno. Sin embargo, el encanto poético es siempre más fuerte que la fría realidad, y las sombras de don Iñigo de Mendoza, del Cardenal don Pedro y de sus «bellos pecados», como los calificaba bondadosamente la Reina Isabel, las transplantamos con facilidad del «viejo» al «nuevo» edificio, para verlas surgir de entre los afiligranados corredores del mejor de los castillos madrileños.

Lampérez se basa para su afirmación en que los escudos que se ven campear en los muros, no llevan corona, pero sí el «Ave María» de los Vega (señal de que había emparentado ya don Iñigo con los Laso de la Vega, de Batres), lema unido en adelante a las fajas o bandas de los Mendoza, armas que usó juntas por vez primera don Iñigo. Por desgracia, como hemos dicho, el primer Marqués de Santillana, como probablemente su hijo el Car-

denal don Pedro, sólo conocieron el primitivo castillo, hoy enterrado en el cementerio de Manzanares. En él escribiría el Marqués sus poesías y traduciría Zorita el «Arbre des Batailles», de Bonnet.

Tuvo el Marqués hasta diez hijos, siendo el primogénito don Diego Hurtado de Mendoza (1417-1479), quien añadirá a los anteriores títulos y señoríos de su padre, el de Duque del Infantado, merced alcanzada en los últimos años de su vida, en 1475, reinando ya los Reyes Católicos. Todos los genealogistas más o menos de su época, empezando por Pulgar, coinciden en sus aficiones por las letras y la edificación, y le atribuyen que «labró la fortaleza de Manzanares... «de principio» y «de planta». El mismo, en su testamento, dice así: «Del castillo que yo fago en la mi villa».

Efectivamente, y pese a la opinión de Lampérez, fué don Diego quien tuvo la idea, convertida acto seguido en realidad, de hacer otra nueva mansión en el collado donde se alzaba la iglesia (que aprovechó para capilla), emprendiendo las obras del nuevo castillo con ardor, hasta el punto de lograr habitar y hasta morir en él, aunque no ver terminadas aquéllas por completo.

El viejo castillo sufrió heridas mortales cuando las guerras partidistas del inquieto Marqués de Villena, al advenimiento de la Reina Isabel, y se desmoronó tan rápidamente como su hermano fronterero adquirió fuerza y belleza. Sus aposentos quedaron desnudos de muebles y decorados, que pasaron a enriquecer, en medieval mudanza, las nuevas habitaciones preparadas por don Diego. Quién sabe si en esta mudanza no se trasladaron a los muros del flamante castillo los escudos primitivos de don Iñigo, que Lampérez tomó como prueba definitiva de su argumentación.

Don Diego Hurtado de Mendoza pasó largas temporadas entre los muros de uno u otro castillo, junto con su hermano don Pedro, el Gran Cardenal de España, amigo del entonces compañero de capelo don Rodrigo Borja, que aún no había italianizado su apellido. Juderías dice que el castillo de Manzanares actual le «recuerda dos nombres: el Marqués de Santillana y el Cardenal Mendoza; en aquella soledad compuso uno sus versos y ocultó el otro sus amores». Si somos justos en el reparo, habrá que dar aquéllos al viejo castillo y dejar al nuevo, y no como seguro, los cardenalicios amores. Fruto de éstos con doña Mencía de Castro, dama portuguesa del séquito de la alegre Reina doña Juana, fué el nacimiento de don Rodrigo de Vivar y de Mendoza (luego Marqués de Zenete), y de su hermano don Diego (luego Conde de Mélito y abuelo de la célebre Princesa de Eboli), dentro de los muros del castillo. Ellos verían así las alegres y costosas fiestas y escucharían las frecuentes declaraciones de amor, tanto de don Pedro como de su hermano. Una aventura galante casi costó la vida de amante y amada.

Un frío día serrano de enero del año 1479, les tocó también oír los últimos suspiros de su fundador, dueño y señor, el primer Duque don Diego, quien muere, como buen castellano, en su castillo, casi medio confinado por intrigas políticas, pero rodeado de amigos y fieles servidores. Sus escudos, testigos pétreos del entronque de los Mendoza con los Luna y Enríquez (al casarse con doña Brianda de Luna, sobrina del célebre Condestable don Alvaro, y con doña Isabel Enríquez, en primeras y segundas nupcias, respectivamente), yacen en el interior, amontonados junto con piedras labradas y capiteles caídos, que esperan la mano del restaurador para volver a trepar a sus puestos murales.

(1) Un torreón en cada una de sus cuatro esquinas, tres de ellos redondos y el otro cuadrado, precisamente el del lado Este, como en el castillo nuevo.

El hijo y sucesor de don Diego, que llevó el nombre del abuelo, fué don Iñigo López de Mendoza (1438-1500), segundo Duque del Infantado. Casó con doña María de Luna, hija del decapitado don Alvaro, y fué el más pródigo y fastuoso de toda la familia. Su casa «parecía el Palacio Real», dijo Gutiérrez Coronel. No puede chocar por ello que, al igual que en su palacio de Guadalajara, enriqueciera, a veces hasta el recargo, el castillo señorial de Manzanares. De él son los últimos toques para adaptar por completo su aire de fortaleza militar a suntuoso castillo-palacio, cuyo exterior, perfecto en belleza, hoy admiramos.

Este alejamiento de lo militar en beneficio de lo civil y puramente artístico, fué tanto impuesto por el gusto de su dueño, acorde con el de la época, como por las exigencias políticas de los Reyes Católicos, celosos de acabar con todo posible brote de poderío señorial disolvente. Disposiciones reales salieron ordenando derribos, prohibiendo nuevas plantas y modificando construcciones ya iniciadas de castillos. El de Manzanares vió así alterados sus primeros planos, quedando como magnífico ejemplo para la posteridad, junto al de Coca, de la postrera arquitectura militar castellana. La airosa y bellísima galería alta, con ventanas y miradores entre columnillas que recuerdan la ornamentación manuelina; los saledizos moldurados, las torrecillas o garitas altas, con sus adornos de medias lunas o semiesferas enmarcadas por rombos de cal en relieve —sistema ornamental luego imitado—, las cornisas con hileras de estalactitas en piedra... Todo ello transpira gustos mudéjares que, al parecer, sintió el arquitecto Juan Guas, el mismo que intervino, y con muy similares motivos, en el palacio ducal guadalajareño y en el claustro de San Juan de los Reyes.

El castillo quedó entonces terminado, pero su magnífico dueño muere mediado el año 1500, cuando el siglo XVI sólo contaba unos meses. Tras la vida del Duque don Iñigo, se fué también la de su castillo.

Lo civil, lo militar y hasta lo religioso huyeron del recinto pocos años después. La pequeña iglesia románica, que a su cobijo tomó nueva vida y se defendió tanto tiempo, quedó sin defensor, sus naves al descubierto y sus columnas reclamando, como hoy, una bóveda desaparecida. También murió la Edad Media definitivamente y la nobleza se hizo cortesana, fué en busca de la «capital del Reino», hasta entonces trashumante.

La época de Manzanares había pasado. Perdió una última ocasión para renacer, cuando Felipe II estuvo dudando si elegir sus terrenos para levantar el monasterio que hoy ha hecho universal el nombre de El Escorial.

\* \* \*

Manzanares ha vuelto a ser el humilde pueblo premedocista, pero contando en su activo con una verdadera joya que el tiempo y los hombres han respetado; el vacío castillo, hoy monumento nacional, uno de los más bellos de España y mejor conservado, que está llamado a la restauración. Lampérez la inició primeramente, por orden del Duque del Infantado, que soñó con que fuera total; pero sólo logró restaurar el exterior, y no por completo. Más tarde, las obras en el interior han sido bastante desgraciadas.

Al finalizar el siglo XIX, el castillo tuvo aún influencia para que su arquitectura se imitara al levantar el muro de la presa de Santillana, embalse que da aspecto original al conjunto. Efectivamente, si el castillo ya es magnífico por sí solo, resalta más su encanto por hallarse enmarcado entre la ilusoria impresión de lago suizo que siempre da, en el interior, una gran extensión de agua, aunque sea embalsada, y los extraños riscos de La Pedriza (declarada lugar de interés nacional), que, como sus hermanos de La Cabrera, con sus dientes afilados mascando el vacío, bien han merecido el nombre de Sierra.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES

# Notas de un curioso



## EL JAZZ

No está de más —por aquello de que el saber no ocupa lugar— que cuando baila usted un dinámico y destornillante «bayón», no ignore el origen del «jazz». Por lo menos, le servirá para entretener a la pareja de compromiso con un tema no tan vulgar como la consabida conversación del tiempo o el piropeo de rigor. Esa música extraña y misteriosa que llena nuestros oídos de notas discordantes, que nos alegra y distrae, tuvo un nacimiento triste y pobre.

Triste, porque en su origen fué expresión de una raza sojuzgada; pobre y humilde, porque la calle le dió su calor. ¡Qué vertiginosa carrera la del «jazz»! Callejeando en su comienzo, al igual que el mendigo que pide limosna, y hoy principal personaje en todas las reuniones: popular y aristocrática, modesto y poderoso.

Allá por el año 1910, y en esa ciudad americana emporio de riquezas que es Nueva Orleans, uno de los centros algodoneros más importantes del mundo, hizo su aparición el «jazz», entre disonancias burlescas y payasadas fantásticas del negro Jazzbo Brown, creador de un nuevo estilo musical.

Como todos los revolucionarios de algo, este genial innovador tuvo muchos imitadores. Las orquestas ambulantes a «todo color» brotan en cada esquina. Nueva Orleans entera vibra al unísono de estas orquestas. Es como una danza colectiva de salvaje alegría que contagia a los espectadores más circunspectos, convirtiendo las calles de la opulenta ciudad en un bullicioso e improvisado salón de baile. Todo es acción y movimiento por obra y gracia de estas pequeñas orquestas de un banjo, trombón, clarinete, bambora y piano volante, fácilmente transportable sobre una tarima de ruedas. Tal vez la explicación de este frenético contagio esté en que en el nuevo ritmo algunos hombres se encuentran a sí mismos, mientras otros se olvidan de sí mismos.

Lo cierto es que esa rara mezcla musical de disonancias y melodías, de cánticos religiosos y voces de la selva, se populariza rápidamente. El éxito del gran público llega cuando el propietario del café «Schiller» contrata a Jazzbo Brown. El negro alcanza éxito tan rotundo, que su nombre se convierte en el principal atractivo de la sugestiva Chicago, adonde se han trasladado las primitivas orquestas de la capital luisiana. El público solicita a Jazzbo..., a Jazz, y el nuevo estilo es bautizado en Chicago con una fuerza capaz de cruzar el Océano.

Surge la controversia entre los partidarios y los enemigos, síntoma indiscutible de que el nuevo estilo musical ha triunfado avasalladoramente. Poco a poco, las orquestas se van perfeccionando e introduciendo modificaciones. Los instrumentos de madera son sustituidos por complicados artefactos de metal y los músicos revolucionarios llegan a Londres y a París. Es el año 1917. Europa entera baila al compás del «jazz». Desde el «Lyon», de Londres, salta a todas las salas de bailes europeas. Josefina Baker, con su «Revista negra», contribuye a la implantación del «jazz» en Europa y empieza para éste una época de brillante apogeo, cuyo final no se acerca todavía.

En fin; al igual que las aventuras de nuestro Don Juan, pudiéramos decir que no hay distancias sociales para esta extraña y misteriosa música que nació para expresar el dolor y las tristezas de un pueblo desterrado.

ANTONIO GULLON WALKER

## SIGNIFICADO Y EFICACIA DEL «DÍA DE LA PROVINCIA»

CONSIDERO un gran acierto la iniciativa de celebrar, cada año, el «Día de la Provincia», que sirve para exaltar las efemérides y poner de relieve las características tradicionales —historia, ambiente, riqueza artística, producción, fisonomía laboral— de cada uno de los distritos que integran la comarca que preside la capital. Porque no hay que olvidar que si lo es del Estado, de la totalidad del territorio y la comunidad nacionales, lo es, al mismo tiempo, como otras, y con sus obligaciones específicas, de una provincia española.

Esto es lo que muchas veces, a través del tiempo, se olvidó. No hace falta demasiado esfuerzo comparativo, mirando hacia el pasado, para establecer la diferencia que ha existido entre dos planteamientos distintos de lo que es misión de la Corporación provincial, respecto de los núcleos rurales. Antiguamente se interpretaba la función de un modo más centralista y, salvo aquellos cumplimientos que eran inexcusables, se atendía, con excesiva parquedad, a los problemas de los pueblos. Porque no basta con la conservación de los caminos, con la reforma esporádica o con la presencia —que ha sido simbólica— de las representaciones de algunos Ayuntamientos en el seno de la Diputación. Había que «llegar», calando en el espíritu de cada una de las poblaciones, hasta en el de las aldeas más escondidas, estableciendo diálogo y adentrándose, en fin, en la realidad de problemas y de necesidades. Y esto es lo que caracteriza el funcionamiento y la actividad de la Corporación desde hace algunos años.

No se trata, solamente, de cubrir con mayor o menor holgura y diligencia aquello que se necesita en cada pueblo. Lo material importa mucho. Es indispensable ir ampliando servicios y que las cosas se perfeccionen. Pero estaba inédita una tarea de orden moral, que es tan precisa o más que la otra, porque los medios de la rurali-

dad madrileña vivían al margen de las preocupaciones centralistas, o éstas se desconectaban de los afanes y de las legítimas ambiciones de aquéllos. El Presidente supo enfocar ese aspecto esencial del problema, y es obligado reconocer el esfuerzo —en muchas ocasiones no desprovisto de sacrificio— que ha representado la comparecencia constante en los pueblos de



El pregonero, con su voz fuerte y entonada, describe el «Día de la Provincia», del año 1953, mientras va señalando con su puntero las incidencias del programa recogidas festivamente en el cartelón. (Foto Leal.)

la provincia. Esa presencia personal, que sirve para enterarse, de manera directa, de situaciones y deseos, de vicisitudes y aspiraciones, ha sido de una evidente eficacia. La gestión se hizo más fácil por la continuidad en el conocimiento de cada uno de los aspectos formativos del vivir de las gentes de la provincia. Gracias a ese contacto frecuente, la versión no pecó de indirecta ni de incompleta.

Sin embargo, hay más. En el orden espiritual, la conexión ha significado aliento, manifestación tangible de un interés que muchos lustros permaneció adormecido. Y los pueblos sienten, con la misma sensibilidad

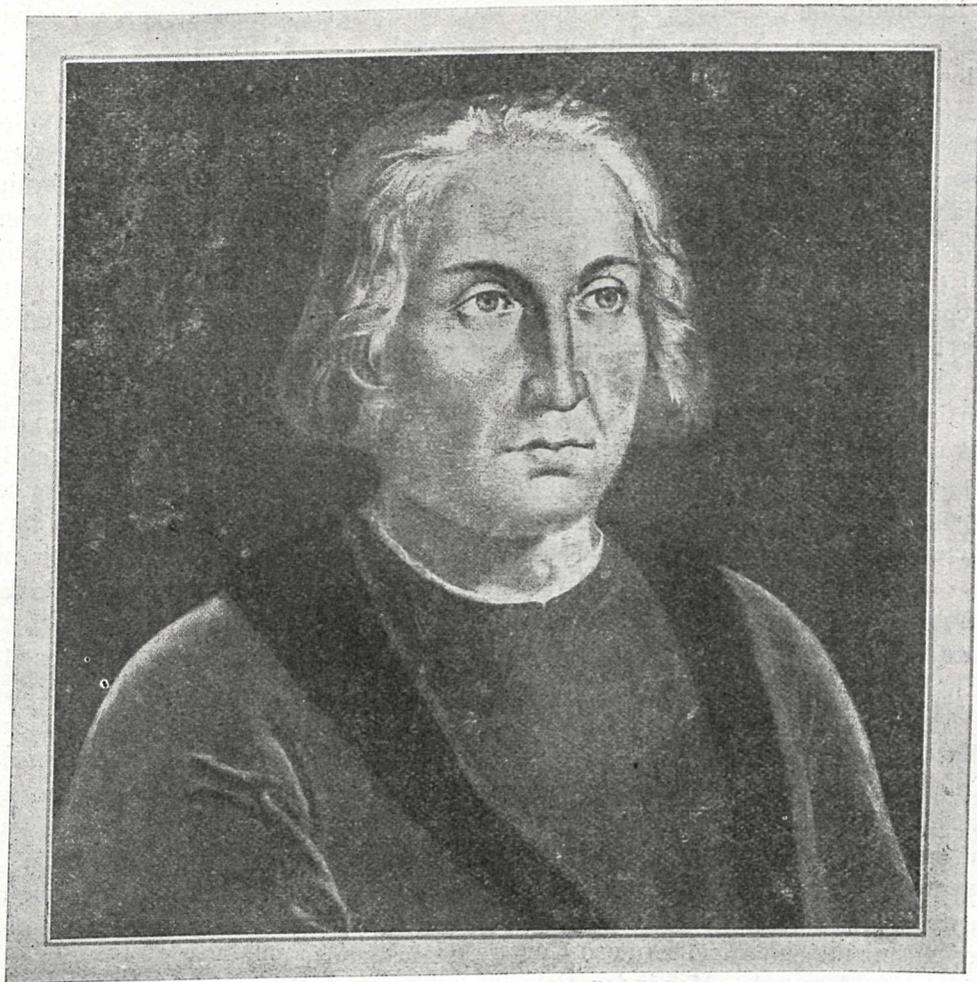
emotiva que los hombres, el valor de la aproximación cordial. Es una asistencia de sincera amistad, un deseo de entablar relación, un exponente de voluntad propicia a que el diálogo destruya los viejos modos de un hermetismo que se parecía mucho al desdén. Es un hecho positivo —el Presidente lo ha subrayado más de una vez— que la luz refulgente de la gran urbe ensombrece, por su mismo poder de concentración, el resto de la provincia. Y había que desparramar esa luz y que no existieran las inexplicables soluciones de continuidad que sumían a los burgos madrileños en penumbra, que tenía un carácter moral primordialmente.

«El Día de la Provincia», con los actos que lo esmaltan, con las ceremonias que se celebran, con los concursos literarios que determinan la exaltación de viejos e históricos valores, es el más certero de los símbolos de la dedicación fervorosa. Un año, cada distrito, con su propia, peculiar fisonomía, con sus costumbres y su tradición costumbrista. Fiestas, palabras de aliento, recordación, valorando los hechos y los vestigios de lo que se fué. Convivencia, en suma, que tiene un matiz que no debe silenciarse: el de la reparación de ausencias y de olvidos que justificaban amargura. La idea es plausible. Las consecuencias que de su realización se derivan, indudablemente provechosas. Ha constituido un éxito el primer «Día de la Provincia». Lo será, con toda seguridad, el segundo. Y, sobre la trascendencia de los actos y las celebraciones, una realidad más decisiva, más importante: el que se sepa en todos esos lugares —que son Madrid— que se pone en función de la misión regidora un sentido de fraterna comprensión, y que la actividad no termina cabe los muros de un palacio que se llama provincial y que era, antes de ahora, excesivamente capitalicio.

FRANCISCO CASARES

# El Idioma, espíritu de nuestro Imperio

por ANTONIO GULLON WALKER



A Colón le cupo la inmensa gloria de descubrir América bajo la regiduría de España. La hazaña de Colón, entre otras aportaciones esencialísimas al mundo civilizado, sirvió, al entrar en contacto con un número crecidísimo de pueblos, para forjar el imperio hispánico, que aún perdura, después de cerca de cinco siglos, a través de una comunidad espiritual cuya égida se centra principalmente en la lengua y en la religión.

Los países hispanoamericanos se preocupan de la pureza del castellano. (*De los periódicos.*)

No es exagerado afirmar que en la formación de la lengua se refleja exactamente el proceso histórico evolutivo de un país. Los balbuceos de la lengua castellana corresponden a las primicias de Castilla como reino independiente; lengua y Estado empiezan a tener características propias y en vez de recibir influencias, influyen de una forma terminante en las otras comunidades políticas que en su rededor existen y también en sus hablas romances. Son tiempos de luchas; tiempos rudos y, por tanto, el idioma castellano es algo rústico y elimina las exquisiteces del buen decir, por no disponer

de horas para el estudio y necesitarlas todas para el duro batallar. Tan sólo cuando la larga etapa de la Reconquista se acerca a su fin, preocupa a los eruditos el estudio de los libros clásicos a la par que el estudio de su idioma. Y así en el año cumbre de la historia hispánica, 1492 — fecha únicamente superada en el concierto de los acontecimientos universales por la que señala el nacimiento de nuestro Divino Redentor—, Nebrija ofrece a la

Reina Unitaria, forjadora de un Imperio católico, el instrumento que habría de dar Unidad, a pesar de su expansión, a la lengua castellana que ha hecho perdurable una civilización —manera y modo de sentir la vida— netamente española.

Es entonces, y en los años que transcurren hasta la separación de Portugal y las revueltas separatistas de Cataluña, cuando alcanza su máximo esplendor en coincidencia afirmativa del proceso inseparable de historia patria y lenguaje.

Junto a las hazañas guerreras, y a la misión de apóstolado cívico y religioso de nuestros conquistadores, aparecen los libros de nuestra literatura más decisivos para el logro total del castellano. Cervantes y Lope señalan la cúspide idiomática de esta línea ascendente. Luego se inicia la decadencia. A España empieza a no temérsela, y los dialectos, el catalán y el portugués, expansión del gallego, merced a circunstancias históricas y en parte también el esfuerzo de los hombres que de ellas se sirvieron, adquieren la categoría de lenguas nacionales. Más tarde, con la invasión francesa, lo francés se deja sentir hondamente; los galicismos invaden nuestras bocas y los americanismos —como consecuencia de nuestra debilidad política— deforman la bella construcción del castellano en tierras de América. Ya no es Castilla —España— la que da la pauta en la formación, desenvolvimiento y modificación de las palabras. América impone su jerga, que destroza nuestro idioma, con grave pérdida de su claridad, precisión y gracia, que son sus principales características, según dijo uno de sus definidores.

La lengua española empezó a morir lánguidamente por envenenamiento. En España la infección se llamaba galicismo. En América, americanismos. Un poeta de recia estirpe española, como el laureado Quintana, se lamentaba de que «comíamos, vestíamos y pensábamos en francés». Se llegó, fundadamente, a temer por la vida de nuestro bello idioma y por ello no es de extrañar que algún escritor, como Forner, escribiera unas exequias, pues era pensamiento general que la lengua castellana había expirado.

Mayáns, Feijóo, Sarmiento, Nasarre, Donoso Cortés, Alarcón, Valera y, sobre todo, Menéndez Pela-

yo y la creación de la Academia de la Lengua, son jalones de una reacción enérgica, pero no completa, que se gasta ineficazmente en una lucha titánica contra el mal mencionado. Los vocablos extranjeros, a través de nuestra debilidad política, adquieren carta de naturaleza. Los «ismos» no son otra consecuencia que la pérdida de nuestro sentido civilizador, que nos hace valorar negativamente nuestra personalidad patria. El «papanatismo» o admiración de todo lo extraño, deriva necesariamente en un relajamiento de lo nacional, que nos convierte en contrabandistas inconscientes de ideas y modos.

En 1936, España renace de sus cenizas.

Nuestra Gesta Nacional es todo poesía o entusiasmo que, a decir de Platón, son términos sinónimos. La salvación de lo español se convierte en bandera que flamea arrogantemente al frente de nuestros propósitos. España se reconquista a sí misma, recuperándose en lo espiritual. Lo español se vigoriza con la savia de la juventud combatiente y mártir... Y de nuevo se nos admira y se nos comprende.

Por traición a España nuestra lengua se extranjerizó y perdió su sentido unitario. Si en los actuales momentos el castellano se impone y se convierte en máxima y acertada preocupación de los Gobiernos hispanoamericanos, que velan por su pureza, es como consecuencia del renacimiento de la España Imperial y Católica que no puede morir.

La unidad de nuestro lenguaje es el triunfo del Imperio Español, tal como lo entiende la Falange; como proyección de la grandeza hispánica en la pantalla universal. Y este Imperio grandioso que resalta con caracteres imborrables, tiene como pilar sustentador una comunidad de cultura, que se estrechará más íntimamente con la vigilancia unísona y amorosa de las esencias vernáculas del lenguaje que ha hecho posible nuestra inteligencia en una sinfonía ecuménica de voces hispanas.

